



alethéia
revista ieu universidad

Artículos de Opinión:

EL CRUCIFIJO

Julio Escamilla Meléndez

Abril 2019



Revista Alethéia IEU

revista-aletheia.ieu.edu.mx



aletheia
revista ieu universidad

ARTÍCULO DE OPINIÓN:
EL CRUCIFIJO

AUTOR:

Julio Escamilla Meléndez

ADSCRIPCIÓN:

Maestrante en Apreciación y Creación Literaria por el IEU

CORREO ELECTRÓNICO:

rliimp@hotmail.com

EL CRUCIFIJO

ACTO PRIMERO

Su última frase fue: “por favor, ¿qué no ves que me están crucificando? Habla con ellos”... O algo así, ya no recuerdo. Ocurrió el dos de febrero del 2019, Día de la Candelaria; esa festividad tan oaxaqueña, católica como su sociedad misma y como el condenado de ese día, aquel que se había condenado solo ¿Su crimen? Traicionar ¿A quién? A sí mismo, a su memoria y a sus discípulos (en menor medida).

Su nombre era el de un emperador, o así lo anunciaba él con gran orgullo: Augusto. Sin embargo, para evitar la soberbia y no ser tachado de arrogante, usaba su primer nombre de pila, el cual, a pesar de ser un nombre de lo más común, decía él que sus acciones y su gobernanza harían que ese nombre brillara, llegando así a ser ese líder que honrara a aquel gobernante romano de la Europa antigua, en honor al cual fue nombrado uno de los meses de nuestro calendario. Aquel hombre que tenía a su consorte real y a un harem

de hermosas mujeres esperando a recompensarlo en la oscuridad del anonimato de su auto o de algún McDonald's en las afueras de la ciudad. Sí, hablo de nuevo de nuestro protagonista, don Augusto; hombre veraz, valiente, con mil batallas en su haber, un currículum que lo había colocado en los mejores puestos de su labor y el cual le había dado fama de hombre capaz de dirigir a todo un equipo y, por qué no decirlo también, hombre de palabra ágil, con la cual también había entablado amistades que le habían abierto las puertas de sus negocios y empresas y, ocasionalmente, también le habían abierto los labios de alguna mujer que había quedado maravillada con sus hazañas. Sí, estoy hablando de nueva cuenta del emperador romano, ese al cual se le atribuye el periodo de paz romana, o pax Augusta en su honor, pero también ese que en su ascenso al trono se tomó privilegios que aún no le correspondían, quien se ganó la confianza de parte de los veteranos y

los jóvenes del ejército y quien fue acusado por Antonio de querer conspirar contra él y querer asesinarlo. Hay que recordar que Antonio ya tenía más tiempo en la escena política romana y tenía al senado de su parte. Lo que no tenía era la lealtad completa del ejército y la ambición que comenzaba a crecer rápidamente en los ojos de Augusto. Sí, adivinaste, ahora hablo del Augusto de nuestros tiempos, de cuyos pecados hablaremos en un momento, para aclarar por qué este fiel y devoto esposo, padre de dos inocentes hijos, ahora clama en la cruz a sus discípulos que

lo perdonen, y que a pesar de ese carácter divino, del cual gozaban o decían gozar los emperadores, aún era un hombre falible y lleno de errores, que hizo todo lo que hizo por el bien del pueblo y con visión salvadora, que los mortales no podíamos entender su vasta filosofía heredada de los antiguos griegos y, por qué no, de uno que otro asiático como el estratega de guerra Sun Tzu. A este sabio que los ignorantes juzgábamos sin razón, sin comprender sus designios divinos y sus sacrificios para el vulgo.



ACTO SEGUNDO

En las películas se le llama precuela a los hechos que ocurren antes del filme en cuestión. En este caso debemos hacer un poco de repaso para saber cómo Augusto llegó a ser aquella figura que pasaría a la historia. Pues bien, en la antigua Roma el poder fue un tema central a lo largo de toda su existencia y en especial a la hora de pasar o perder el mando. 23 puñaladas. 22 no eran mortales, sin embargo, fue una en el tórax la que acabó con la vida del antiguo conquistador de las Galias, procónsul, dictador y quien otrora ostentara el máximo poder político y militar de

la República romana: Gaius Iulius Caesar o Julio César. Sus últimas palabras según algunos autores, luego inmortalizadas por Shakespeare, fueron “Et tu, Brute?”, al darse cuenta que hasta uno de sus más cercanos colaboradores, y con quien combatió lado a lado, había participado en el magnicidio. Fueron esos los últimos momentos de liderazgo del antecesor de Augusto. Sí, de nuevo, el Augusto de nuestros tiempos, quien limpió su nombre al crear una sociedad de aliados que solo querían lo mejor para el estado; quien a pesar de tener fama de sostener varios amoríos, iba

a la iglesia de Xochimilco cada domingo con su esposa para presentar su fidelidad ante los ojos de la sociedad y de Dios; quien trabajaba por el bien de la niñez a pesar de que en su pasado cargaba, como él mismo contaba, con la muerte de un no-nacido (“no era el tiempo adecuado para ninguno de los dos”). ¿Y quién podría contradecirlo? Cuando dos jóvenes sin experiencia deciden fundirse y entregarse a los brazos del amor y el goce carnal, hay ciertas consecuencias que a veces no se vislumbran, hasta que el fruto de dicho amor se quiere hacer presente en el mundo. Pero esos fueron otros tiempos y de eso solo un par de personas saben. Ahora don Augusto es padre de dos retoños reconocidos por la sociedad y bautizados en la iglesia de Xochimilco, para que estos no sufran el destino de su antecesor, muerto a puñaladas por un hombre que creyó que un

bien mayor le esperaba al mundo.

Así fue como Julio César, el todopoderoso dictador fue sucedido por Cayo Augusto, quien por cierto, fue el primer emperador y el que mayor tiempo gozó de las mieles del poder, quien fue incluso divinizado por el Senado romano... Destino que no compartirá nuestro líder carismático, ágil de palabra, agradable en su hablar y sereno en su discurso; además padre de dos niños que cada noche acarician las entradas de su frente, mostrándole su cariño y pidiendo de su tiempo. Dios sabe que los niños son primero. Tú sabes que los niños son primero, son el futuro de cada pueblo, y como tal, el futuro requiere de ciertos sacrificios ¿Quién podría cuestionar eso? ¿Tú podrías? ¿Tú te atreverías a anteponer tus necesidades y deseos por encima de las de los niños?



ACTO TERCERO

Se dice que hacia el año 70, el emperador Tito crucificó a los rebeldes de la primera revuelta judía, poniéndolos en diversas posiciones e imponiéndoles otra serie de castigos ejemplares para que otros no se atrevieran a rebelarse contra

el imperio. Ese fue el caso de Pedro y Magda, dos de los discípulos antes preferidos y cercanos de don Augusto ¿Quién diría que aquellos jóvenes que le ayudarían a formar su emporio acabarían siendo perseguidos y estigmatizados por propo-

nerle a “su majestad” que acabara con los actos corruptos de los que eran testigos a diario en las altas cúpulas del poder (y más ahora que estamos en tiempos de austeridad y transformaciones políticas)? Que aquella pax romana debía sostenerse con hechos y acciones que representaran un cambio, que la gente se diera cuenta de que el régimen antiguo del César había quedado atrás y venían tiempos mejores. No obstante, como se dice en este país, “todos tienen cola que les pisen”, y ni Augusto ni Pedro ni Magdalena eran santos bajados del cielo, pero estos últimos dos creían que era necesario decir lo que Augusto había hecho mal y componerlo en la misma cúpula, quizá sin que saliera a la luz, pero componerlo al fin ¿Para qué seguir arrastrando viejos lastres y cargando con cadáveres de administraciones pasadas? Pero, Augusto tenía otros planes, y su esposa - la abnegada y devota madre católica, de familia de bien y apellido ilustre- no concordaba con los planes de los discípulos rebeldes, como ella les decía. Si bien eran elementos valiosos dentro de la organización, repetía continuamente una frase que le había enseñado un antiguo maestro, “nadie es indispensable, todos somos prescindibles”. Y nada más cierto que eso, incluso el poderoso César había sido asesinado. Su fuero en el senado no lo había protegido del filo que lo llevó al

sepulcro en un día que, creía, solamente iría a firmar un par de actas y acuerdos ante el auditorio.

Pedro y Magda habían sido amantes, y, si bien su lealtad y su formación se la debían a Augusto, sabían que todo secreto mal guardado podía conducir a una catástrofe para todos. La credibilidad era más importante y el resto de la gente los apoyaría, ya que ellos siempre habían cumplido con sus obligaciones y sido fieles discípulos. Se pactaron algunas reuniones secretas. La mayoría de los otros discípulos estuvieron de acuerdo en que todos hablarían con don Augusto. La situación era tensa pero aún se podía rescatar lo más importante y, como el mismo imperio romano, resurgir de sus cenizas para erigirse de nuevo como los líderes del pueblo.

Era el 25 de enero, la reunión con Augusto se llevó a cabo como estaba prevista. Hubo consenso. Nada estaba perdido. Por el contrario, Pedro, Magda, Augusto y los demás habían accedido a colaborar y enmendar los errores del pasado. Un abrazo cerró la reunión y todo volvía a la normalidad. Pero tal como ocurrió con el abrazo de Acatempan, entre Guerrero e Iturbide, nadie anticiparía que Iturbide mandaría asesinar al guerrero de la patria. En democracia las ideas se discuten y se llega a acuerdos. La mayoría siempre gana y así, todos resultan victoriosos...

- ¡Pero la democracia es cosa del pasado! Eso es una idea de los antiguos griegos. Tú eres su mentor y líder, la fuerza que mueve al grupo y a la gente. Todos se deben a ti. Tu nombre de emperador te da poder y fuerza, si dejas que este grupo de inconformes se te suba a las barbas quién sabe qué sucederá después ¡Dios no lo quiera! Anda y ve, acállalos, no dejes que esto vuelva a ocurrir y muéstrales quién manda y a quién se deben. Los otros acatarán. Magda y Pedro están teniendo demasiada influencia en los demás. Si no acabas con ellos te pasará lo que a César, y tú sabes que nuestros hijos están primero. Aquellos traidores no merecen más que el castigo y la deshonra.

1 de febrero. “Los tamales arderán”. Nos ha llegado información de que el día de mañana pretenden expulsarnos, arrojarnos a los leones y, si nos dejamos, hasta algo peor. Nadie es imprescindible, y si bien nos debemos a él en gran parte, nuestra credibilidad y valores están primero. La gente nos odiará y hablarán de nosotros. A Magda probablemente la difamarán como prostituta o algo parecido, salida común cuando se quiere desprestigiar a una mujer en este país; y Pedro tendrá que lidiar por algún tiempo con los perros

del estado, pero no podemos dejar que los secretos del pasado nos entierren, o que se nos tache en la historia como los traidores, quiero decir, de todos modos lo harán, así que por qué no hacerlo de la manera más digna: con la muerte. Así es, la muerte de nuestro líder. ¡No! No somos asesinos, solo una muerte civil ¡Que se las arregle solo! Si quiere seguir ocultando lo que en verdad es, los medios por los cuales accedió al poder y lo que hace detrás de la iglesia de Xochimilco, allá él. Ya conseguirá a otros que lo sigan y que no sepan lo que es y lo que fue, y allá ellos si le creen y lo encubren. Ya decía Sócrates: es mil veces preferible sufrir una injusticia a cometerla, porque quién la comete permanece toda la vida huyendo de sus actos y justificándolos para que otros no se den cuenta de la verdadera naturaleza del hombre, del sociópata, del maquiavélico líder. Allá él y su vida. Nosotros nos desafanamos. Más vale pobres y austeros, que manchados de la sangre del tirano. Más de un cadáver se esconde en su clóset, de varias edades los huesos. Algún día saldrán y tirarán su imperio...

Ha pasado una semana desde aquel día. Aún recuerdo sus lágrimas a punto de caer de sus ojos rojos, rojos de furia y de impotencia y de tristeza. Sus discípulos lo han abandonado an-

tes de sufrir algún castigo impropio. El dictador lo es hasta que el pueblo se rebela. Su trono no ha caído, ya que el poder se vale de otros medios para perpetuarse. A fin de cuentas Augusto, emperador de Roma, murió tranquilamente a una avanzada edad y dejó a su heredero al mando.

Las últimas palabras de Augusto fueron: "por favor, ¿qué no ves que me están crucificando? Habla con ellos". Ello ocurrió la noche del 2 de febrero, Día de la Candelaria, cuando nuestro ilustre líder se disponía a celebrar con su santa familia y comer tamales (tradición oaxaqueña) sin importarle los hechos pasados, sin importarle

que al otro día nos rebelaría como traidores ante los demás y que se nos fincarían crímenes que no habíamos cometido. Pero en el ajedrez hay movimientos que, bien anticipados, pueden romper con toda una estrategia y harían llorar hasta al mismo rey. Mis últimas palabras hacia él fueron las mismas que las del César a la hora de su muerte: "Acta est fabula, plaudite", "La comedia ha terminado. ¡Aplaudid!". ■